

HARO TEGLEN

EL DESARME COYUNTURAL

Los proyectos de paz se multiplican. La firma de los acuerdos de «no proliferación» en una triple ceremonia —primero de julio en Londres, Washington y Moscú— ha servido para emitir con todo énfasis palabras de paz; las más resonantes, las que tienen más eco, son las de Kossiguin anunciando el envío a todos los gobiernos del mundo de un memorándum con nueve puntos para un desarme general y completo. En julio y agosto se van a celebrar dos series de conversaciones: unas, en el seno de la Comisión de Desarme de Ginebra —el «Comité de los 18»—; otras, bilaterales, entre la U. R. S. S. y Estados Unidos, para tratar de la desnuclearización del mundo. La discusión del plan soviético puede producir en un principio resultados espectaculares, pero será difícil, si no imposible, llegar a sus extremos más importantes: es decir, a la destrucción de todos los arsenales nucleares del mundo y a la decisión de todas las naciones del mundo, incluyendo la U. R. S. S. y los Estados Unidos, de no fabricar tales bombas nunca más. Los resultados espectaculares pueden referirse a la supresión de los vuelos atómicos fuera de las fronteras nacionales, tal vez al cierre de las bases militares en el extranjero; quizá a algo tan llamativo como la reducción masiva de los ejércitos en presencia mediante la anulación del servicio militar obligatorio. Estos tres puntos precaden a los planes de paz y tienen poco o nada que ver con el verdadero motivo del desarme.

La supresión de vuelos atómicos está prácticamente decidida desde las catástrofes de Palomares y de Alaska. Son costosos y arriesgados. Las bases económicas en el extranjero pesan gravemente sobre los presupuestos, son muy vulnerables y, en realidad, son anacrónicas: los misiles de largo alcance y los submarinos con «Polaris» las sustituyen con ventaja, y en realidad se mantienen por razones más políticas y de prestigio que militares. En cuanto al servicio militar obligatorio hace ya mucho tiempo que se emite la teoría de que es antieconómico. Los defensores de esta teoría, como Galbraith, sostienen que el largo entrenamiento de un elevado número de personal que ha de prestar un corto tiempo de servicio y ha de ser sustituido a corto plazo por otro personal nuevo al que hay que volver a adiestrar va en contra de toda teoría de la empresa, y al ejército se le debe considerar también como una empresa, con unos presupuestos y unos objetivos determinados; por otra parte, el servicio militar obligatorio inmoviliza una parte de la juventud en su mejor edad productiva y, en fin, los avances de la automatización —superiores en el ejército que en cualquier otra empresa— tienden a la reducción de la «mano de obra». Proponen, en cambio, la creación de un ejército de soldados profesionales, bien pagados, de carrera, cuyo adiestramiento fuese prácticamente rentable por el mayor tiempo de permanencia en filas, cuyo estímulo estuviese en el normal de una carrera profesional —primas, seguros, ascensos— y que permitiese la selección y la especialización. Ponen como ejemplo a los «marines», soldados profesionales, cuyo rendimiento en el campo de batalla es superior al de los soldados de recluta. No todos los militares de los Estados Unidos, y muy pocos de la U. R. S. S., están de acuerdo con estas ideas. Hay quienes sostienen, en nombre del liberalismo, que la recluta conduce a una democratización del ejército al ser extraídos los soldados de todas clases sociales; hay quienes sostienen que no puede ser considerado simplemente como una empresa, sino como una escuela de determinados valores. En fin, en Estados Unidos hay una curiosa barrera: la de los negros. Temen los dirigentes del Pentágono que un ejército de oficio con sueldos elevados atraería a la gran masa negra, y pronto las tres cuartas partes de los soldados americanos serían de color.

Llegar, a partir de estos tres puntos, más posibles que probables, a la desnuclearización total del mundo es algo que, en principio, raya en la utopía. Bien está, sin embargo, que se plantee. Se ha dicho muchas veces que el hombre es capaz de conquistar todo aquello que es capaz de imaginar. Hasta prin-

cipios de siglo, hasta las primeras conferencias de paz global, el desarme no sólo era inimaginable, sino hasta inmoral: las armas y el hombre formaban una entidad gloriosa y repleta de honores, y la idea de divorciarlos parecía monstruosa. Hemos llegado ahora a la convicción de que lo monstruoso es este maridaje, a la conclusión de que el hombre debe vivir sin armas: ya es un paso importante.

Pero aquí se plantea una confusión grave: la de considerar la guerra como una entidad en sí misma. La guerra es un intento, nunca conseguido, de liquidar tensiones y contradicciones por la violencia; las armas son el medio de producción de la guerra. Se supone que suprimiendo el medio de producción se suprime el producto, es decir, la guerra. Pero la causa, las tensiones y las contradicciones, subsisten. Sin la guerra, tensiones y contradicciones tendrían que resolverse, obligatoriamente, por vías pacíficas. Es decir, por la política. Vemos aquí que la construcción de la estructura interna de la paz se aborda por el revés. El camino lógico sería el inverso: tratar de reducir los focos de tensión, de enfrentamiento; resolver los problemas políticos del mundo, como consecuencia de lo cual se desprendería una paralización de la carrera de armamentos y una inutilidad de la guerra. En este sentido hay que preguntarse si el más importante alcance de estos proyectos y de las conversaciones que comienzan es el hecho político y no el militar: es decir, no el contenido lingüístico de los proyectos, no la noción de desarme general y completo, sino la utilización de éstos como medio de comunicación, como simple conductor, entre los dos países superpotentes del mundo. Aclarando más aún: como instrumento político y no como instrumento militar.

A esta luz se ve el proyecto como una necesidad inmediata de creación de un clima político. Hay en puertas unas elecciones presidenciales en los Estados Unidos que se juegan a la alternativa guerra-paz; el partido político en el poder juega la carta de la paz, que parece ser la de la mayoría de la nación y como durante cuatro años ha dirigido una guerra, necesita dar pruebas concretas de su posibilidad de traer la paz. A esta necesidad se une la de la U. R. S. S., que no quiere ver a un belicista —como Nixon— dirigir la política de Estados Unidos; que necesita el clima de paz para proseguir su política original de «coexistencia pacífica», que tiene como finalidad asegurarse su población y poderle ofrecer unos bienes de consumo que el rearme no le permite. La U. R. S. S., por su parte, está percibiendo el nuevo peligro que se le avecina con la radicalización de Alemania Federal, con el nuevo anticomunismo de Francia y con la posibilidad de que estas dos fuerzas adversas se unan y, lo que es peor, que arrastren en su favor a las fuerzas belicistas de Estados Unidos. La administración demócrata americana ve este riesgo: el «establishment» de los Estados Unidos ve los riesgos de la inflación presupuestaria por los gastos militares y, por lo tanto, la subversión de toda su economía nacional. Si el entendimiento de la U. R. S. S. y los Estados Unidos se realizara directamente sobre los focos políticos de discordia, desde el Yemen a Berlín, desde Biafra hasta el Vietnam, desde Oriente Medio a Pakin, producirían una sensación de fraude en las fuerzas que cada uno de ellos ampara oficialmente, y actuarían por su cuenta. El principio está ya ocurriendo. Las fuerzas revolucionarias del mundo se están desgajando del marco comunista, de la institucionalización comunista —véanse las guerrillas, véase Francia— y las fuerzas contrarrevolucionarias subvierten los sistemas en que estaban encuadradas —véase Grecia, véase también Francia, donde los valores gubernamentales, la doctrina oficial, ha sido claramente subvertida por la contrarrevolución— lo cual entraña ya el riesgo de la pérdida de control de la situación por parte de Estados Unidos y la U. R. S. S. Deben encontrar un entendimiento en un tema que no despierte oposición explícita, y ese tema es el del desarme, que a ambos les conviene. Por eso las conversaciones que se inauguran tienen una enorme importancia. Una lejana importancia, si nos fijamos en su contenido: una importancia inmediata, una importancia coyuntural, por su forma y sus procedimientos.